
Entre hombres

Germán Maggiori



novela  edhasa

ENTRE HOMBRES

GERMÁN MAGGIORI

Diseño de la colección; Pepe Far
Diseño de la cubierta; Juan Bañaguer

Primera edición en Argentina; julio de 2013

© Germán Maggiori, 2001, 2013
© Edhasa S.A., 2013

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-239-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Kalifon S.A.

Impreso en Argentina

Germán Maggiori (Lomas de Zamora, 1971). Escritor y guionista. En 2001, su novela *Entre hombres* obtuvo el primer premio en el concurso La Resistencia/Alfaguara realizado en México. Sus cuentos integraron diversas antologías, entre las que se destaca *Las Fieras. Antología del género policial en la Argentina*, con selección y prólogo a cargo de Ricardo Piglia. Su unipersonal *El baterista invisible* recibió el Primer Premio en el Concurso Teatro y Rock organizado por Argentores y la FM Rock & Pop. En 2012 publicó el volumen de cuentos *Poesía Estupefaciente* premiado por el Fondo Nacional de las Artes.

A mi viejo

No se puede perder lo que no se ha tenido nunca.

James Ellroy

PRIMERA PARTE

DELIRIOS COMPARTIDOS

EL TUCUMANO

Sábado 2 de marzo

Marilú usaba minifaldas cortas de vinilo y botas de cuero charolado con taco aguja. Solía combinarlas con una blusa de gasa que usaba desabotonada por encima de un corpiño de encaje negro y un cinturón ancho con hebilla de metal dorado en forma de corazón. No le gustaba sobrecargar con maquillaje su cara angulosa ni sus ojos felinos: un poco de sombra en los párpados, una pizca de delineador, lápiz labial generoso y una peluca de rulos platinados era todo lo que necesitaba para sentirse una diosa. Sin embargo, la mala racha de la noche había logrado convertir su natural entusiasmo en franca depresión. Marilú había patrullado la esquina durante horas a la espera de clientes. Bamboleó su culo redondo y sus tetas de silicona, agitó sus manos portentosas llamándolos, pero no hubo caso. La noche se escapaba y ella seguía ahí, anclada en la esquina de Canning y Costa Rica, sin haber hecho una moneda.

Era hora de tirar la toalla. Marilú buscó refugio en el porche oscuro de una casa del barrio, sacó de su pequeña cartera un papel de cocaína y se sirvió dos toques con la uña larga y curva del dedo meñique. Hastiada de su mala suerte, se encaminó decidida hacia la parada del colectivo que la llevaría al cuarto diminuto del Hotel de Señoritas Géminis donde vivía con otras como ella. Estaba junto a la parada cuando un Peugeot 504 con los vidrios polarizados se detuvo tras un breve chirrido de las cubiertas. Del interior del vehículo salió, desencajado por los psicofármacos, el Tucumano Cortez. Su estampa era temible, tenía un ros-

tro surcado de cicatrices carcelarias, la nariz deformada por la coca, los ojos negros vacíos y el cuerpo musculoso y lampiño salpicado de tatuajes desteñidos. Cortez se dedicaba al muleo de travestís y prostitutas en el barrio de Palermo; era una escoria capaz de pervertir a su propia hija por unos pesos.

—Subite rápido al auto que tengo un laburo grosso —ordenó.

Aunque no pertenecía a su grupo de chicas protegidas, Marilú obedeció sumisa. Si el Tucumano Cortez había salido a cazar “mariposas” por el barrio era porque todos sus travestís estaban ocupados y, en esos casos, con el corazón reblandecido por la urgencia, solía largar hasta el sesenta por ciento de la tarifa que pagaban los eventuales clientes. Después de todo, pensó Marilú, la noche todavía podía depararle una agradable sorpresa.

Desde el asiento trasero del coche, Dalila le dedicó una sonrisa amistosa. Dalila tenía uno de los mejores culos de Palermo Travesti, patrullaba la calle Godoy Cruz enfundada en un vestido largo y negro de vampiresa con un escote profundo entre los pechos. A su lado estaba sentada Yiyí, una prostituta veinteañera del barrio de Flores que abusaba de su cara adolescente recogiendo el pelo en dos colitas y vistiendo jumper, soquetes y zapatos de colegiala.

—¿No pasaba nada, Dalí, allá en Godoy Cruz? —preguntó Marilú mientras se retocaba el maquillaje en el espejito del parasol.

—Nada, linda, la gente ya no tiene guita ni para echarse un polvo. ¿A vos cómo te fue?

—Igual.

—Chicas, escúchenme —interrumpió Cortez—. Vamos a ver a gente poronga así que quiero que se porten bien, quiero que hagan una linda partuza. Hay un toco gordo y si se portan bien soy capaz de partirlo al medio con ustedes, ¿se entiende? Es gente poronga —siguió el Tucumano Cortez—, por eso quiero que hagan todo lo que pidan, ¿eh, bebé? ¿Me estás escuchando, Yiyí?

Yiyí necesitaba relajarse, era su primer trabajo con travestis y la situación le resultaba algo incómoda. Había encendido un cigarrillo rubio y lo fumaba pensativa. La misma miseria que la había empujado a la calle ahora la obligaba a agarrar cualquier trabajo. No importaba dónde, ni cuándo, ni cuántos fuesen, siempre que hubiera dinero de por medio.

—Sí, papito —contestó la puta.

Para Marilú la historia de Cortez olía a gato encerrado: que rifara un trabajo importante con chicas ajenas a su entorno era algo que no encajaba con el estilo de un cafishio de oficio como era él. Como si se le hubiera escapado, preguntó:

—Che, ¿qué les pasó a tus chicas, Tucu?

—A un par las agarró la fresca y cayeron en cama, las demás están todas ocupadas. Y justo hoy me viene a caer este laburo... Decí que la calle, por suerte, está llena de pibas con ganas de laburar.

—Gracias por pensar en nosotras, bombón —le sonrió Dalila.

Necesitada más de efectivo que de explicaciones, Marilú se obligó a tragar el anzuelo del Tucumano sin chistar. La calle no da segundas oportunidades y aquella noche, que ya era día en realidad, no parecía ser la excepción.

* * *

Anduvieron unas cuadras por avenida Libertador y en la zona de Retiro el Tucumano metió el coche en el garaje de una torre vidriada de unos treinta pisos. Accionó la puerta de la cochera con una tarjeta magnética y detuvo el auto en el primer subsuelo, junto a los ascensores de servicio. El estacionamiento estaba desierto, todo parecía seguro. Cortez bajó del coche, condujo a las chicas hacia el ascensor y se metió con ellas. Tocó el botón del piso dieciocho. Marilú aprovechó la ascensión para acomodarse las tetas en el corpiño y liquidar el papel de cocaína. Aspiró unas dosis

generosas y les convidó a sus compañeras como para ir rompiendo el hielo.

—Vos sí que picás alto, negrito —comentó Dalila mientras se limpiaba los restos de sustancia que empolvaba su nariz.

—Contactos que te da la yeca. Lo único que pido es que no la caguen. Si me sacan adelante el laburo yo me voy a acordar muy bien de ustedes, ¿se entiende?

—Sí, papito —contestó Yiyí.

—No quiero que se cuelguen más de una hora y media. Yo las espero abajo, en la cochera. No hablen de guita con esta gente porque el tema ya está cocinado y, por favor, no la caguen.

La puerta del ascensor se abrió y las chicas salieron. El Tucumano abrió la puerta del departamento con una llave que extrajo de un bolsillo interno de su campera de corde-roy y las hizo pasar.

—Chau, rico —se despidió Dalila.

* * *

Los travestís y la puta atravesaron el palier y desembocaron en un salón grande como una cancha de papifútbol. Los muebles eran todos de estilo, había columnas de mármol ornamentadas con bajorrelieves, pinturas y esculturas de colección, alfombras persas y jarrones chinos. Ninguna de las tres estaba acostumbrada a una clientela de tan alto nivel. El lujo del lugar les arrancó un suspiro de admiración. Tres hombres en calzoncillos, desparramados en sendos sillones, tomaban Dom Pérignon en copas aflautadas de cristal. En cuanto vieron a los travestís y a la puta se pararon a los gritos. Estaban pasados. Uno de ellos, un pelado de bigotes compactos y barriga de orangután, bajó de un tirón sus calzones de seda y comenzó a masturbarse a lo tarado.

—¡Vamos, putas! ¡Me las voy a garchar a todas! —gritó Barbosa, que era Juez Federal de la Nación.

Los demás no tardaron en sumarse. Un hombre maduro, con un implante capilar grosero y la cara estirada por un lifting, apiló a Yiyí contra una de las columnas de mármol. Llevaba una corbata en la frente a modo de vincha y tomaba el champán directamente del pico de la botella. Yiyí dejó caer su jumper y quedó desnuda como cautiva de aquel cacique sintético. A Marilú el tipo del lifting le resultaba una cara conocida, estaba segura de que lo había visto en algún lado. Lo que no imaginaba Marilú era que se trataba del senador nacional Eduardo Achabala, candidato a gobernador de la provincia. El más joven de los tres sujetos tendría menos de cuarenta años; era una criatura enclenque, de pecho hundido y rostro aniñado. Su nombre: Alejandro Arias Duval; profesión: ejecutivo del Citi. Descontrolado por el alcohol, Arias Duval agarró de los pelos a Marilú y condujo la cabeza del travestí hasta embocarla en su entrepierna. Toda la escena parecía una pelea especial de Titanes en el Ring; las parejas se armaban y desarmaban embistiéndose unos contra otros. El juez Barbosa cabalgaba a Dalila y daba nalgadas a su musculoso trasero. Más requerida, Yiyí se esmeraba en hacerle una mamada al senador mientras Arias Duval la entubaba desde atrás. Sin pareja fija y con las botas de charol todavía puestas, Marilú paseaba de un frente de batalla a otro como árbitro de la pelea, metía mano y tocaba lo que podía.

Terminado el primer round, el frenesí decayó y los hombres se desenchufaron, exhaustos. Encabezado por el senador Achabala, se desplazaron hacia un amplio dormitorio donde las paredes y el techo estaban cubiertas por espejos y una cama de cuatro plazas ocupaba el centro. Junto a la cama, sobre el vidrio de una mesa ratona y exhibidas como una instalación artística, descansaba una serie de rayas de cocaína prolijamente peinadas, junto a una yilé y una bolsa con más droga. Achabala aspiró un par de líneas de un tirón y el resto siguió su ejemplo.

La orgía nuevamente estaba en marcha aunque la situación había cambiado sensiblemente: ahora eran Marilú y

Dalila las que se movían al senador y al juez. Al joven banquero la droga lo había dejado transitoriamente impotente y, por más piruetas que ensayaba, Yiyí no lograba ponerle a punto su salchichita. El corazón de Yiyí no estaba acostumbrado a la cocaína y menos en ese grado de pureza; después de la segunda vuelta de rayas comenzó a retumbarle en el pecho, descontrolado. Tenía una deficiencia cardíaca que ella ignoraba. A las palpitaciones siguió una puntada de dolor que se extendió por el brazo izquierdo. El infarto la sorprendió en un momento absurdo: Yiyí aferraba entre sus dedos el miembro laxo de Arias Duval mientras recordaba a su madre agonizante en una cama del Hospital de Clínicas. El recuerdo de su madre corroída por el cáncer, esquelética y envuelta en un olor putrefacto, como si su cuerpo hubiera empezado a corromperse antes que la vida lo abandonara, la asaltó como nunca antes. Volvía a ver la expresión de dolor tatuada en su rostro. La mano temblorosa, huesuda, que intentaba acariciarle la mejilla sonrosada y la mirada de congoja brotando de los ojos muertos de su madre muerta. Todo el dolor condensado en la imagen final que Yiyí tuvo de su madre y que la persiguió en incontables pesadillas volvía ahora a aparecer, le atoraba el pecho y detenía su corazón frágil.

Yiyí pareció atragantarse, soltó la pija del banquero y cayó muerta a sus pies. Horrorizado, Arias Duval se apartó del cuerpo a los gritos. Marilù y Dalila se apuraron a socorrer a su compañera. Marilú intentó reanimarla con unos golpes en el pecho; Dalila le apantallaba aire a la cara con un pañuelo floreado. Los hombres, desnudos y pálidos, estaban paralizados de susto.

—¡Ayúdame, gordo! —gritó Marilú al juez Barbosa.

—¿Qué...?

—Que me des una mano con la piba, ¿no ves que se dio vuelta?

—Ehh... —Barbosa no atinó más que a ponerse los pantalones.

—Hay que sacarla ya mismo —intervino el senador Achabala, empequeñecido por el pánico.

—¡Llamen una ambulancia! —chilló Arias Duval—. Se muere, se está muriendo...

El senador no se molestó en explicarle al banquero una de las diez millones de razones por las que nadie podía enterarse de lo que había pasado.

—Saquenla, el Tucumano va saber qué hacer —dijo.

—¿Pero no ves que se está muriendo, hijo de puta?! —gritó Marilú.

El senador salió del cuarto y al rato volvió agitando un fajo de dólares.

—Acá no pasó nada, vayansé y hagan de cuenta que nunca nos vimos —Achabala había recuperado su sangre fría de político—, El Tucumano va arreglar todo, vayansé de una puta vez —ordenó.

Sosegadas por el color y el volumen del fajo de billetes, Marilú y Dalila se vistieron como pudieron. Vistieron también a Yiyí, al cuerpo muerto de Yiyí, y la cargaron hasta el ascensor. El banquero Arias Duval balbuceaba estupideces ovillado sobre la cama. El juez Barbosa saltaba de un lado a otro y agarraba su cabeza como un chacarero fundido. El senador Achabala se rascó las pelotas y soltó una puteada frente a la cámara que, oculta detrás de un espejo falso, había registrado toda la función.

* * *

La puerta del ascensor se abrió sorpresivamente y Cortez comprendió, apenas vio cómo Marilú y Dalila arrastraban a Yiyí, que el plan original había fallado. Los travestís metieron el cuerpo de Yiyí dentro del auto y el Tucumano encaró hacia la rampa de salida. Afuera el mundo había despertado, eran casi las ocho y media de la mañana y Libertador estaba saturada de autos y colectivos. Peatones bien trajeados, percutidos por la resignación a la rutina, hacían cola en las paradas de taxis. En las esquinas, los canillitas vocean-

ban la edición matutina de los diarios. Dentro del Peugeot, la adrenalina rebalsaba de los cuerpos. Los travestís todavía abanicaban a Yiyí y urdían explicaciones atolondradas a un Cortez demasiado confundido por los psicofármacos como para poder comprender. Las chicas gritaban histéricas, intentaban contar cómo Yiyí se había dado vuelta en el medio de la orgía, cómo los tipos las habían despachado. De todo hablaban, o gritaban, menos del dinero con el que las había convencido el tipo del lifting, el que Marilú recordaba de algún lado, el senador Achabala. Habían repartido los dólares en el ascensor y los llevaban escondidos en las bombachas, ni por un segundo pensaron en

compartir su tesoro con el mierda de Cortez.

Ei Tucumano tragó dos Rohypnols, sacó su teléfono celular de la guantera del auto y marcó un número.

—Sí, ya veo —cortó al rato, después de recibir instrucciones del Vengador.

—¿Adonde vamos? —preguntó Marilú.

—A ver a un doctor —contestó lacónico.

Bajaron por la avenida Madero y después por Huergo hacia la Dársena Sur, hacia la Boca. En avenida Belgrano los detuvo el semáforo en rojo. Aprovechando la posición del Peugeot entre los acoplados con containers de unos camiones, el Tucumano se dio vuelta y disparó al pecho de los travestís con su pistola, a la que había montado un silenciador con el que amortiguó el estruendo de las descargas. Las tetas de silicona de Marilú explotaron como piñatas y regaron de sangre el interior del coche. Dalila, en cambio, tenía un pequeño orificio entre los pechos del que bajaba un hilo de sangre que se perdía a la altura de su entrepierna. El semáforo se puso en verde. Cortez bajó unos centímetros la ventanilla y arrojó el teléfono celular. Era el momento de cortarse solo.

Una maraña de extrañas sensaciones y pensamientos lo dominaba y enloquecía. Veía todo distorsionado y rojizo como a través de unos anteojos de gelatina de frutilla. El olor del perfume barato de los travestís muertos mezclado